

Obligado a abdicar por un grupo de sus mariscales, Napoleón decidió partir hacia la isla de Elba (Biblioteca Nacional, París). El grabado representa el adiós a sus soldados de la Vieja Guardia en el patio de armas del castillo de Fontainebleau, mientras recibe el abrazo del general Petit. Era el 20 de abril de 1814.

Liquidación del período napoleónico. El Congreso de Viena

En 1814, después de la primera abdicación de Bonaparte, los "aliados" consintieron a regañadientes la restauración de los Borbones en Francia. Sabían quién era el conde de Provenza, hermano de Luis XVI, porque desde el año 1807 vivía en Hartwell, pensionado por el gobierno británico. Era ya de edad, conservaba las maneras de Versalles y apenas había aprendido, en la emigración, que los tiempos habían cambiado. Además, los aliados, al entrar en Francia, se dieron cuenta de que los Borbones no contaban con simpatías en el pueblo. Se pensó por un momento en una regencia durante la minoridad del hijo de Napoleón, pero Inglaterra y Rusia se opusieron porque ello hubiera sido dejar a Francia a merced de Austria. Talleyrand, uno de los "regicidas" (como se llamaba a los que en la Convención habían votado la muerte de Luis XVI), el mismo que después tramara la jornada de Brumario y que a la caída de Napoleón se hallaba entre los aliados, intrigó hasta conseguir que se llamara al conde de Provenza para reanudar la serie de los reyes franceses.

Los aliados, esto es, el zar, el emperador de Austria, el rey de Prusia y Wellington, que estaban perplejos en París, se dejaron convencer por Talleyrand, quien obtuvo el voto del Senado para que el hermano de Luis XVI fuera a Francia a establecer un gobierno *sage et prudemment tempéré*. Este fue el "procedimiento" jurídico para legitimar el traspaso de la autoridad, superstición que duró todo el siglo. No importó tanto el de-

LA ULTIMA ETAPA NAPOLEONICA

1807 Napoleón crea un nuevo estado: el Gran Ducado de Varsovia. Su hermano Jerónimo, rey de Westfalia.
Por el decreto de Milán, las condiciones del bloqueo inglés se agravan: entrada de tropas francesas en Portugal.

1808 Sublevación española contra Napoleón: abdicación de Bayona. José Bonaparte, rey de España. Murat, rey de Nápoles. Entrevista de Erfurt, entre Alejandro y Napoleón: el ministro Talleyrand intriga contra el emperador.

1809 Inglaterra y Austria encabezan la quinta coalición: victorias napoleónicas de Eckmühl y Wagram. Anexión de los Estados Pontificios.

1810 Tras la paz de Viena, matrimonio de Napoleón con la archiduquesa María Luisa. Bernadotte, elegido príncipe heredero de Suecia. Alejandro I rompe el bloqueo continental.

1811 Evacuación de Portugal y grandes desastres franceses en España.
Crisis económica en Inglaterra. Reformas internas en Prusia.

1812 La sexta coalición: Rusia e Inglaterra. Comienza la campaña de Rusia: batalla de Borodino, incendio de Moscú. La gran retirada.

1813 Séptima coalición: Prusia, Austria, Rusia, Inglaterra, Suecia: batalla de Leipzig. Victoria anglo-española de Vitoria.

1814 Napoleón devuelve los Estados Pontificios a Pío VII y España a Fernando VII. Los aliados empiezan la campaña de Francia. El Senado acuerda destituir al emperador: Napoleón marcha a la isla de Elba.



recho cuanto que el príncipe o autoridad saliente lo transfiriese de grado o por fuerza al príncipe o autoridad entrante. Un pueblo era un rebaño que no podía estar sin pastor.

El Senado, único engranaje de la máquina gubernamental subsistente después de la abdicación de Bonaparte, redactó un proyecto de Constitución para salvar del naufragio algunas de las conquistas revolucionarias. El conde de Provenza leyó aquel plan o proyecto y, revistiendo de ambigüedad sus intenciones, replicó en estos términos: "Después de leído el proyecto de Constitución ideado por el Senado, veo que las bases son buenas, pero que muchos artículos parecen redactados con precipitación y, tal como están, no pueden ser leyes fundamentales del Estado". Así empezó la secular lucha entre rey constitucional y Parlamento, y entre liberales y reaccionarios, la cual caracterizó la Restauración.

Sin embargo, hasta aquel conde de Provenza, rey de Francia, que por el "martirio" de su hermano Luis XVI tenía derecho a estar prevenido contra la revolución, antes de llegar a París, el 2 de marzo de 1814, consintió en confirmar algunas conquistas revolucionarias en documento solemne dado en Saint-Ouen. Prometió "que no inquietaría a nadie por sus opiniones, que se podrían expresar libremente de palabra y por la prensa; que toleraría los cultos no católicos, que los impuestos se votarían en Parlamento y que gobernaría con un Parlamento representativo de dos Cámaras".

La mayoría de las concesiones de Saint-Ouen se incorporaron a la Constitución definitiva, aunque no se le dio este nombre porque, según se predicaba en las iglesias de París, "toda Constitución era ya un regicidio". Se la llamó Carta Constitucional, y el nuevo rey tomó el nombre de Luis XVIII porque se suponía que el delfín (que había sobrevivido a su padre) había reinado en la cárcel del Temple y que, por tanto, había habido un Luis XVII. Francia no podía haber estado ni un minuto sin rey. Para los monárquicos, Convención, Directorio e Imperio no habían existido; eran sueños. La Carta Constitucional se fechó en 1814, "año

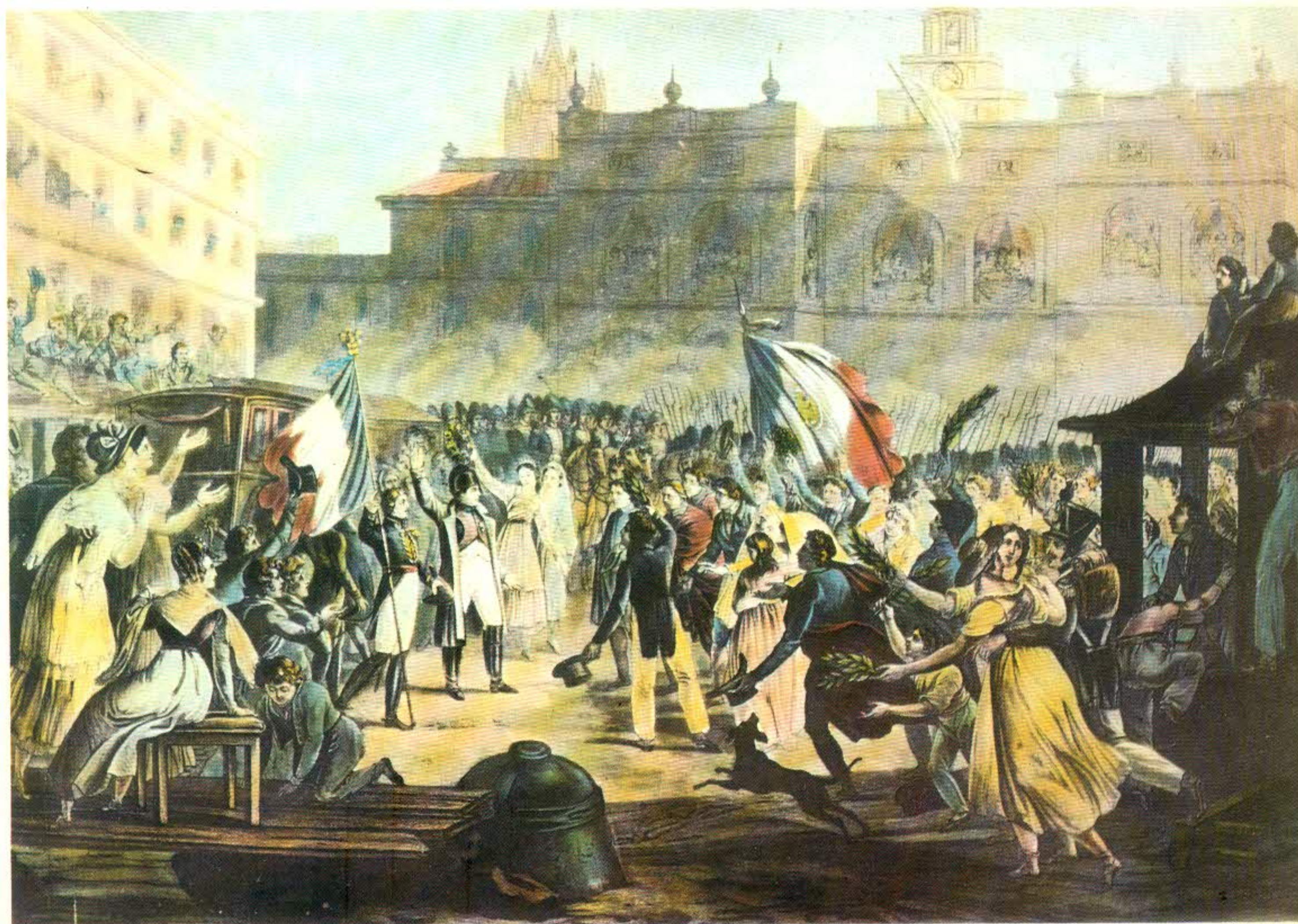
Luis XVIII, rey de Francia, por P. Guérin (Museo de Versalles, París). A la caída de Napoleón, el hermano de Luis XVI volvió de su largo exilio de veinte años para ser coronado rey. Su reinado quedó interrumpido por el período de los Cien Días, tras los cuales volvió a ocupar el trono de Francia.

diecisiete de mi reinado"; esto es, que Luis XVIII había reinado ya diecisiete años; cuando príncipe emigrado, era rey en sus destierros de Alemania e Inglaterra. Así quedaba a salvo la "legitimidad".

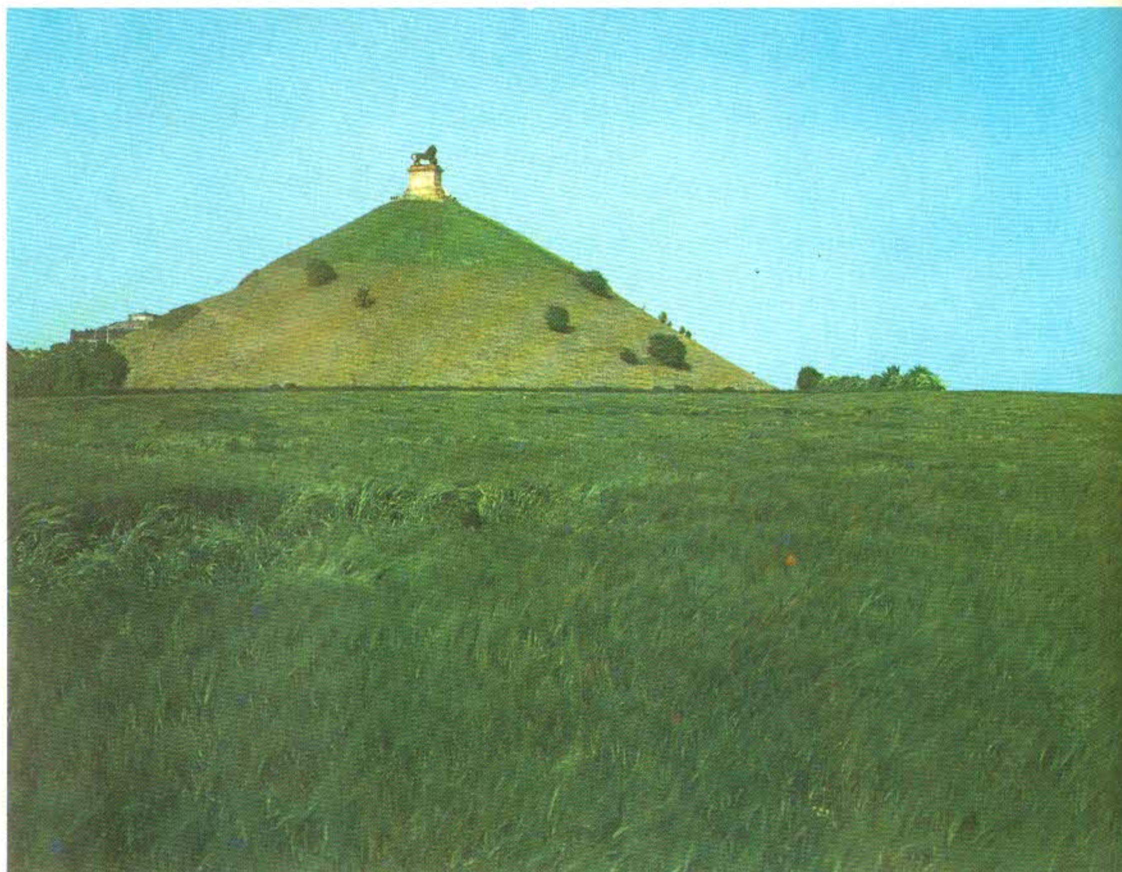
Pero que el péndulo iba inevitablemente hacia la derecha lo prueba la Constitución que redactó Napoleón a su regreso de la isla de Elba, durante los Cien Días. A la noticia de su llegada, el Borbón escapó a toda prisa y Bonaparte trató de restaurar rápidamente, no el Imperio, sino las "libertades republicanas". En sus alocuciones empleó otra vez la palabra "ciudadanos" para dirigirse a los franceses; dijo que había regresado para restaurar los principios revolucionarios y que no quería ser más que emperador de una República francesa. Iba a hacer justicia en los traidores a la causa revolucionaria: *"Je les lanternerai"* (los colgaré de postes de farol), etc. Con todo, en su Constitución de los Cien Días no reconoció el voto popular y subsistieron las listas de electores. Creaba dos Cámaras. El Senado de Pares, escogido por el emperador, irrevocables, y cuyos derechos se heredaban de padres a hijos, era todavía más absurdo que el de la Carta Constitucional de Luis XVIII. La Cámara popular –¡de 629 miembros escogidos de las listas comunales y de las listas departamentales!– causó gran decepción. Los ministros eran responsables, pero su responsabilidad era penal, no política. La Cámara de Representantes podía enjuiciar a un ministro ante la Cámara de los Pares, "bajo sospechas de haber comprometido la seguridad del estado o el honor de la nación". Pero los ministros no eran responsables políticamente; esto es, que un voto contrario de la Cámara no les obligaba a dimitir. En una palabra, Napoleón se proponía gobernar como antes de su abdicación, como emperador, y sus "concesiones" no superaban las de Luis XVIII.

Waterloo produjo una nueva ocupación de París por los aliados, quienes esta vez, para castigar a Francia por haberse puesto de nuevo del lado de Bonaparte, exigieron indemnización, ocupación e intervención. La indemnización, fijada en ochocientos millones de libras, se rebajó a setecientos;

Aclamación del pueblo de Grenoble a la llegada del emperador de su exilio de Elba (grabado de la Biblioteca Nacional, París). Al cabo de casi un año de alejamiento del poder, Napoleón volvió a Francia a poner remedio al estado de confusión a que había llegado el gobierno de Luis XVIII.



Túmulo levantado en el llano de Waterloo, Bélgica, para conmemorar la batalla del mismo nombre librada el 18 de julio de 1815 entre Napoleón y el ejército de los aliados. La victoria aliada supuso el final del reinado de los Cien Días y la caída definitiva del Imperio.



LAS TRANSFORMACIONES INTERNAS EN LOS PAISES EUROPEOS EN LA EPOCA NAPOLEONICA (1798-1815)

PAISES ALIADOS DEL IMPERIO NAPOLEONICO

REINO DE ITALIA, REPUBLICA HELVETICA, REPUBLICA BATAVA, ETC.	→	**PAISES ANEXIONADOS AL "GRAN IMPERIO"** Supresión de los derechos feudales; adopción del Código Napoleón y de la igualdad ante la ley; reorganización de la administración según el modelo francés.
REINO DE ILIRIA, ALEMANIA, VARSOVIA, NAPOLES	→	**PAISES ALIADOS** Las autoridades, controladas desde Francia, se han superpuesto a las estructuras del Antiguo Régimen, reduciendo el poder de las aristocracias y de la Iglesia progresivamente.

ZONAS DE RESISTENCIA A NAPOLEON

REINO DE PRUSIA	→	**PAISES CON RESISTENCIA NACIONAL** Los gobernantes, enemigos de Napoleón, han emprendido vastas reformas: abolición de la esclavitud, de los derechos feudales, como medio de activar la resistencia popular al emperador.
REINO DE AUSTRIA, RUSIA	→	**PAISES CON RESISTENCIA MILITAR** En estos países, la guerra –a veces, encarnizada– contra Napoleón no se acompañó de ninguna reforma interna.

la ocupación por siete años se redujo a cinco, y la intervención consistió sencillamente en que por varios años los ministros del rey de Francia (otra vez Luis XVIII) tenían que consultar cada semana con los embajadores de los aliados, reunidos en la casa de Wellington en París. ¡Este fue el precio de Cien Días más de Imperio!

Después de Waterloo regresó Luis XVIII y empezó el régimen constitucional borbónico, que fue sirviendo de modelo a casi todas las naciones de Europa. Se conservaron las instituciones establecidas durante el Imperio: Códigos, Concordato, Legión de Honor y hasta la nobleza imperial. Sólo se abolió el divorcio, "porque deshonraba el Código Civil", que era todavía el de Napoleón.

Se ha dicho que Francia fue "una sociedad democrática administrada por una burocracia centralizada"; pero si lo de burocracia es cierto, lo de democracia resulta dudoso. A lo único que tenía derecho un francés a principios del siglo XIX era a ser burócrata. Según la Carta Constitucional de Luis XVIII, los impuestos debían ser votados cada año por la Cámara popular de un modo puramente formulario; pero este voto comprendía el presupuesto anual, siempre improvisado, siempre artificial, porque no se podía saber lo que iba a ocurrir durante el año y siempre se liquidaba falseando ba-

lances de fin de ejercicio... Pero además la Cámara popular, con diputados escogidos de las listas electorales, fue al comienzo, en Francia y en otros países, un verdadero fantasma.

Luis XVIII la llamaba la *"Cámara Invisible"*, porque nada proponía ni resistía a nada. Los diputados, sin dietas, habían de pagar por lo menos la contribución de mil francos anuales, y los electores trescientos francos de impuesto. El sufragio universal, que había de ser una de las grandes conquistas del siglo que comenzaba, se consideraba injusto e imposible. La libertad de prensa estaba limitada por "la condición de sujetarse a las leyes que debían reprimir sus abusos". Por lo demás, se ha hecho notar que era de poca importancia lo que se podía imprimir cuando los ciudadanos no habían aprendido a leer. A principios del siglo XIX, los gobiernos europeos no tenían empeño en difundir la instrucción; el presupuesto de Francia para escuelas primarias era de cincuenta mil francos; había más de 25.000 municipios sin escuela. Los periódicos hacían tiradas irrisorias; se calcula que los de la oposición, en París, llegaban en conjunto a tirar 45.000, y a 15.000 ascendían los gubernamentales.



Monumento al duque de Wellington levantado en Edimburgo. Este militar inglés, que pasó largos años guerreando en España, fue nombrado por el Congreso de Viena jefe del ejército aliado que venció a Napoleón en Waterloo.

Así y todo, la Francia posnapoleónica quedó como un faro, un modelo de liberalismo para las demás naciones de Europa. Para que se convenza el lector, vamos a cambiar de escenario y le trasladaremos a Viena, donde se celebraba el Congreso para liquidar los innumerables problemas internacionales que había planteado el desastre napoleónico. Asistían al Congreso noventa

Fusilamiento de Murat el 13 de octubre de 1815 (grabado de la Biblioteca Nacional, París). Después de la batalla de Waterloo, intentó recuperar su reino de Nápoles con la ayuda de un pequeño ejército, pero al desembarcar fue hecho prisionero y fusilado inmediatamente.

CHARLES MAURICE DE TALLEYRAND-PERIGORD

Si ha existido jamás la encarnación de la política, Talleyrand es la persona que reúne más méritos para reivindicar tal categoría, y si no se ha dado en la realidad, Talleyrand es el hombre que más próximo ha estado de ella. Su capacidad para adaptarse a la situación en cada momento y para, a la vez, predecir el futuro inmediato le permitió prestar su colaboración –y sobrevivir– al Antiguo Régimen, a la Revolución francesa, al Imperio napoleónico, a la restauración borbónica y a la monarquía de los Orleáns.

Charles Maurice de Talleyrand-Périgord nació en París en 1754. Pertenecía a una familia noble, cuyos antepasados, condes del Périgord, habían sido desde el siglo XII una de las principales casas feudales de Francia. Un accidente acaecido durante su infancia le dejó cojo, impidiéndole dedicarse a la carrera militar, a la que estaba destinado. Por esta circunstancia ingresó en el seminario de Saint-Sulpice, donde cursó estudios religiosos. Terminada la carrera eclesiástica, su talento y, sobre todo, las influencias de la familia le valieron sucesivamente la abadía de Saint-Denis y el obispado de Autun. Durante la asamblea general del clero francés, en 1782, intervino a favor de los reformistas, abogando por la mejora de la situación económica de los miembros del clero inferior. En 1789 fue diputado por el estamento eclesiástico y tomó partido por los revolucionarios. De acuerdo con Mirabeau, solicitó la nacionalización de los bienes de la Iglesia y formó parte del comité encargado de redactar la Constitución. Cuando se produjo el rompimiento con Roma, fue uno de los cuatro obispos que aceptaron el estatuto civil propuesto por los revolucionarios para el clero francés. De acuerdo con esta línea de actuación, consagró a los primeros obispos de la nueva Iglesia galicana, lo que le valió ser condenado por el papa. En 1791 renunció al obispado de Autun y desde entonces abandonó los hábitos.

En 1792, al servicio del gobierno revolucionario, fue enviado en misión diplomática a Londres para gestionar la no intervención de Inglaterra en los asuntos internos de Francia. Inicialmente obtuvo éxito en su misión, pero los sucesos de Bélgica y la poca habilidad del embajador francés en Gran Bretaña provocaron el fracaso de la posible concordia. Talleyrand entonces, quizás a causa de la evolución del proceso revolucionario, optó por abandonar Francia y emigró a Inglaterra y posteriormente cruzó el Atlántico y se instaló en América. En 1796 volvió a París, donde su habilidad le permitió no sólo evitar las represalias que podían derivarse de su emigración, sino también realizar una brillante carrera política, hasta ocupar la dirección de la política extranjera del Directorio. Convencido, en 1799, de que los días de la Revolución habían pasado, abandonó su puesto y se puso en contacto con Bonaparte, el futuro vencedor.

Poco tiempo después del golpe de estado de Brumario, Talleyrand ocupaba de nuevo el ministerio de Asuntos Exteriores, ahora al servicio de Napoleón. Partidario de la paz en el exterior y en el interior, influyó directamente en la firma de los tratados de Luneville y de Amiens y presionó a Bonaparte para que el régimen se reconciliase con los realistas y católicos emigrados durante el período revolucionario. La excomunión que pesaba sobre él fue retirada por el papa y, reducido al estado laical en 1803, contrajo matrimonio con Mme. Grand, que desde hacía tiempo era su amante.

Durante el Imperio intentó encauzar la política exterior francesa por los caminos de la diplomacia, que prefería a las acciones bélicas. Los honores de que fue objeto por parte del emperador –fue nombrado gran chambelán, príncipe de Benevento y vicegran elector– no consiguieron evitar las divergencias de criterio entre Napoleón y su ministro, puestas en evidencia en varias ocasiones, como, por ejemplo, cuando Talleyrand se opuso a la intervención francesa en España en 1808. A partir de este año, convencido de que no podría influir en la política imperial, entró en contacto con los enemigos de Napoleón, especialmente con Alejandro I, al que aconsejó que se opusiera a los planes franceses. De esta manera, cuando en 1814 los ingleses entraron en París, Talleyrand contó con el apoyo del zar para erigirse en árbitro de la situación y conseguir que los aliados aceptasen la solución por él propuesta para remediar la crisis francesa: la restauración de los Borbones. Como jefe del gobierno provisional, hizo decretar la destitución de Napoleón y llamó a Luis XVIII para que se hiciese cargo del poder.

Cuando se celebró el Congreso de Viena, Talleyrand tomó parte en él como ministro francés de Asuntos Exteriores, cargo que nuevamente ocupaba. Con gran habilidad consiguió que se respetaran las fronteras históricas de Francia, apoyándose en Austria e Inglaterra para oponerse a las apetencias de Rusia y de Prusia. Aunque el retorno de Napoleón a Francia comprometió seriamente el éxito obtenido por las gestiones de Talleyrand, éste consiguió nuevamente dominar la situación y durante unos meses, tras el fracaso del corso, ocupó la presidencia del Consejo (julio-septiembre de 1815). La oposición de los realistas exacerbados le obligó a dimitir y hasta 1830 su actividad política se circunscribió a la Cámara de los Pares, de la que era miembro. Cuando se produjo la revolución de julio de 1830, Talleyrand estaba de nuevo en el bando de los vencedores, apoyando la candidatura de los Orleáns. Luis Felipe le nombró embajador ante la corte británica y como tal intervino en la conferencia de Londres, reunida para solucionar el problema de Bélgica (1830). Permaneció en este puesto hasta 1834, cuatro años antes de su muerte.

J. F.

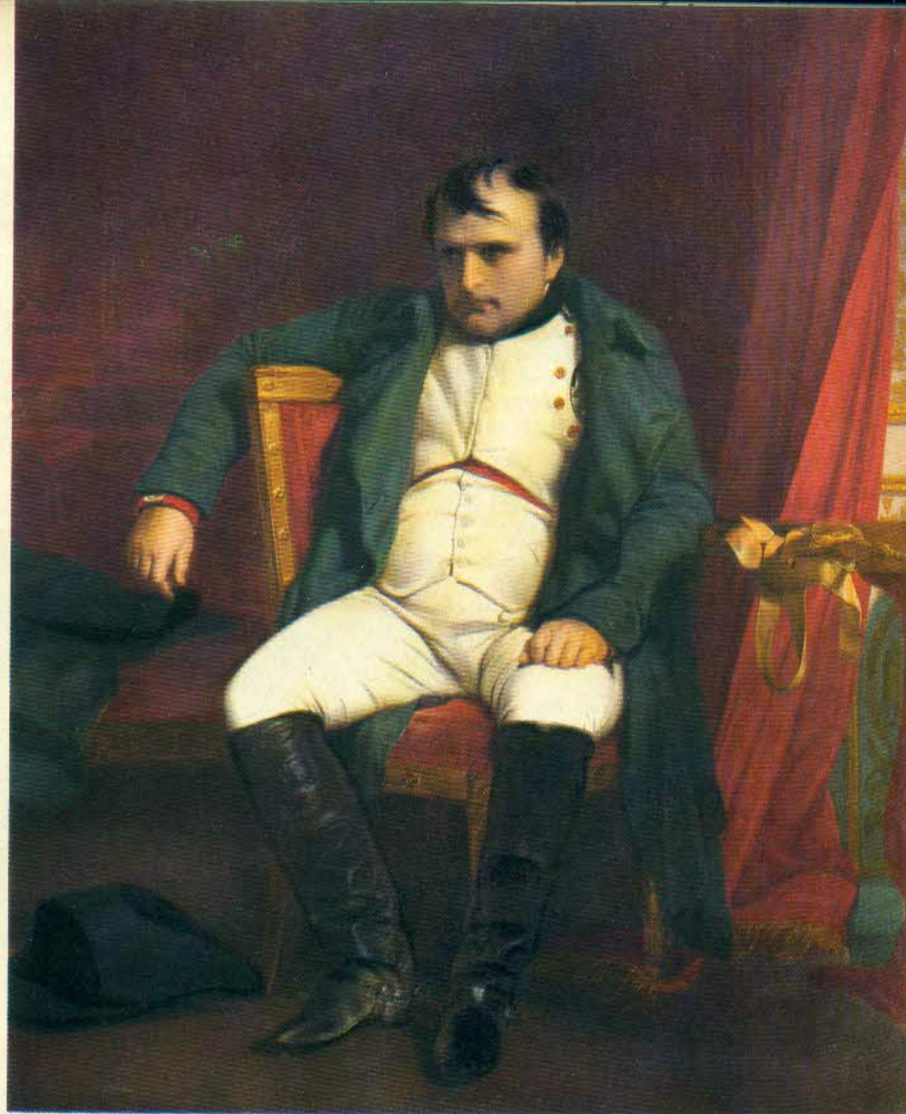
soberanos reinantes y cincuenta y tres plenipotenciarios de príncipes o estados desposeídos que reclamaban la restitución de sus dominios. Esto dará idea de la trituración territorial de Europa antes de Napoleón. Lo peor era todavía el espíritu de los reunidos. Para aquellos "grandes de la tierra" no había ocurrido nada antes ni después de Napoleón. Aparecían ataviados con insignias y condecoraciones de Ordenes de todos los santos del calendario, del Toisón, del Baño, la Jarretera, el Elefante, el Fénix, el Aguila, la Espada, etc. Coronados y condecorados, habían llegado a Viena con sus esposas y amantes; danzaban y jugaban, hacían cabalgatas y representaban brillantes escenas, además de las funciones de gala que se daban en el teatro y los banquetes.

El Congreso se inauguró en octubre del año 1814, y entre fiestas y recepciones duró hasta el 8 de junio de 1815, en que se firmó el acta final. Con excepción del zar, los personajes más importantes no fueron los cuatro monarcas que lo habían convocado (Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia), sino Metternich y Talleyrand. El zar era todavía el mismo Alejandro I que había abrazado a Napoleón en Tilsit y brindado por la eterna amistad con el gran hombre en Erfurt. Su padre Pablo I, con síntomas de demencia, fue asesinado en una conspiración de palaciegos consentida por el propio Alejandro. Cuando

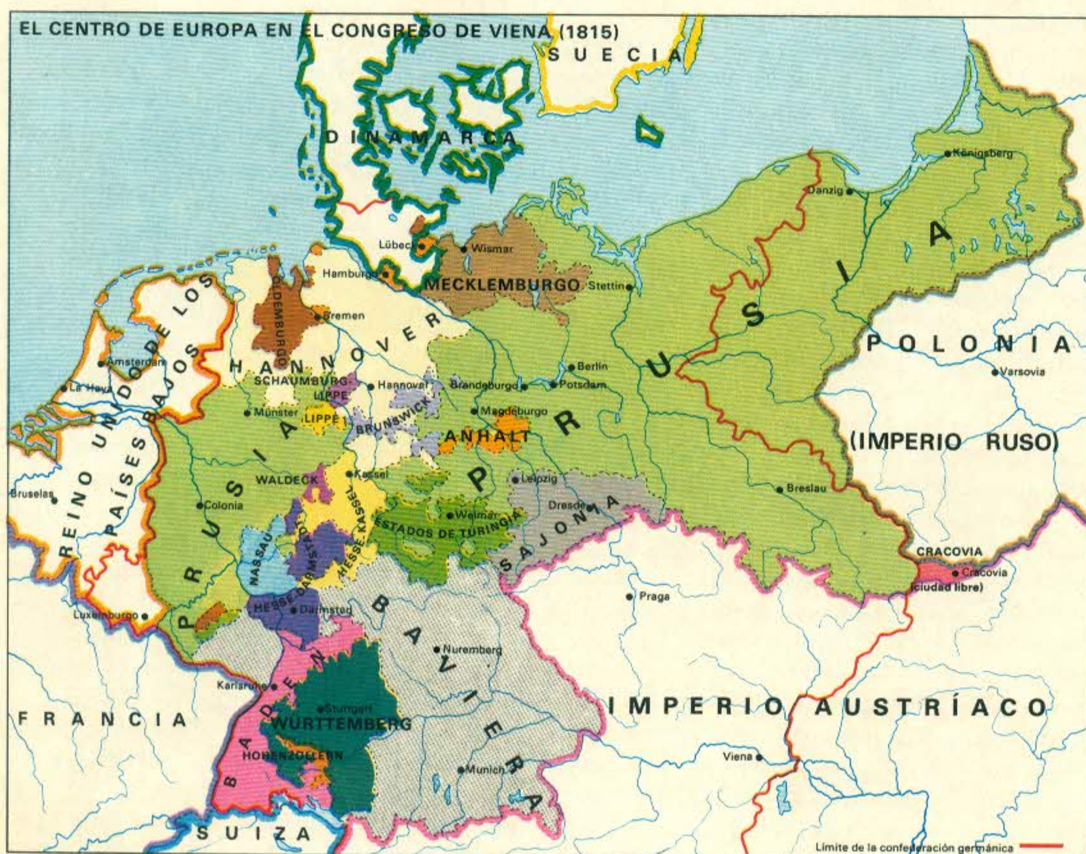
el Congreso de Viena, el zar era todavía un joven voluntarioso que defendía sus intereses con más pasión que inteligencia.

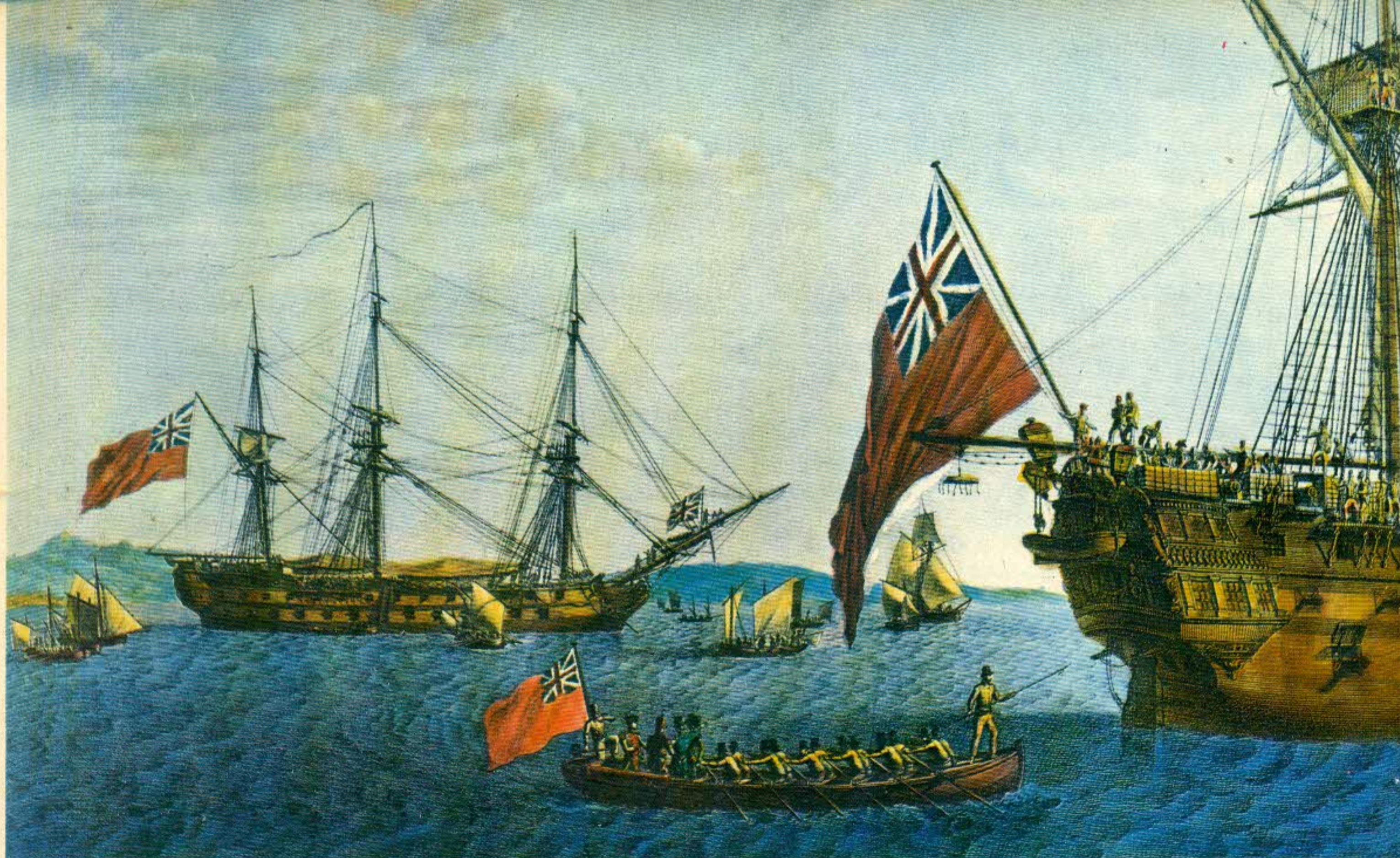
Metternich, también joven, actuaba por cuenta del emperador de Austria, que, como anfitrión del Congreso, no tenía tiempo ni paciencia para seguir las negociaciones. Era un convencido de la perfección de la sociedad de tipo aristocrático representada por Austria. Metternich, disipado y calculador, engañaba a todo el mundo. Sobre todo, sabía disimular con su mirada afable: *"Le régard avec lequel M. de Metternich tromperait Dieu!"*. De sus ideas políticas tenemos clara noción por sus manejos durante el Congreso y después de él. Creía como su amo, el emperador de Austria, que los pueblos sólo tenían derecho a un "gobierno paternal". Lo que después se llamó "despotismo ilustrado" entonces era solamente "férula paternal". ¡Difícil decir lo que es mejor o lo que es peor cuando ya pasó el tiempo de esta clase de tutelas!

Insistiremos en las ideas políticas de Metternich porque fueron las que prevalecieron. Durante un cuarto de siglo, Europa fue la de Metternich. Según éste, "la política había de basarse en el reposo". "El mejor triunfo fuera no cambiar nada en el orden político." El liberalismo, la filosofía, habían hecho estragos, convenciendo a todos de que podían opinar libremente en religión, moral, legis-



Napoleón en 1815, cuando la victoria había dejado de ser su aliada y estaba a punto de ser deportado a Santa Elena, por P. Delaroche (Museo de los Inválidos, París).





El 7 de agosto de 1815, Napoleón fue conducido a bordo del buque "Northumberland", que le llevó a la isla de Santa Elena.

lación, economía política y administración. "Estas difíciles materias parecen ser un bien común y accesible a todos", cuando hasta "la idea misma de la emancipación de los pueblos es un absurdo". Lo terrible, según Metternich, es que "la enfermedad del libre pensamiento ha contaminado a los burgueses. El pueblo bajo teme los cambios. Las gentes agitadas son los rentistas, los empleados, los literatos, los abogados, los maestros. Su grito de guerra es *Constitución,* que quiere decir cambios y desorden. Y en medio de esta agitación constitucional no se puede pensar en reformas; el buen sentido exige que en tales circunstancias no se haga más que conservar". Las reformas, el progreso político eran "proyectos inmorales de hipócritas, de cabezas destornilladas, de locos soñadores". Por fin, "la libertad de prensa –siempre según Metternich– era una calamidad, desconocida en el mundo hasta la segunda mitad del siglo XVIII". Y si el mundo había subsistido sin esta infección de la libertad de prensa durante miles de años, ¿por qué afanarse en imponerla entonces? Tal era Metternich, algo rezagado para su tiempo (1815-1848), pero nada en comparación con sus congéneres de nuestros días.

El tercer protagonista del Congreso de Viena fue Talleyrand. Llegaba con el bagaje de su pasado revolucionario, lo que hizo muy difícil que pudiera manejarse al principio. En las primeras fiestas y reuniones a que asistió se le dejaba solo como a un apestado. El emperador de Austria, sobrino de María Antonieta, no podía olvidar fácilmente que Talleyrand, obispo de Autun cuando estalló la revolución, había sido ministro con Danton, votado la muerte del rey y dirigido los negocios extranjeros del Directorio y del Imperio. Y, sin embargo, su talento insuperable, su natural urbanidad, sus audacias en los momentos favorables, le hicieron el jefe de la oposición –si es que tal existía en Viena– y, después del zar y Metternich, la figura más importante del Congreso.

Aquel obispo que había colgado los hábitos, aquel hábil equilibrista en situaciones difíciles, que había pasado del monarca Luis XVI a Danton, y de Danton a Napoleón, y de Napoleón a Luis XVIII, se presentaba en el Congreso de Viena como defensor de los principios de libertad y justicia.

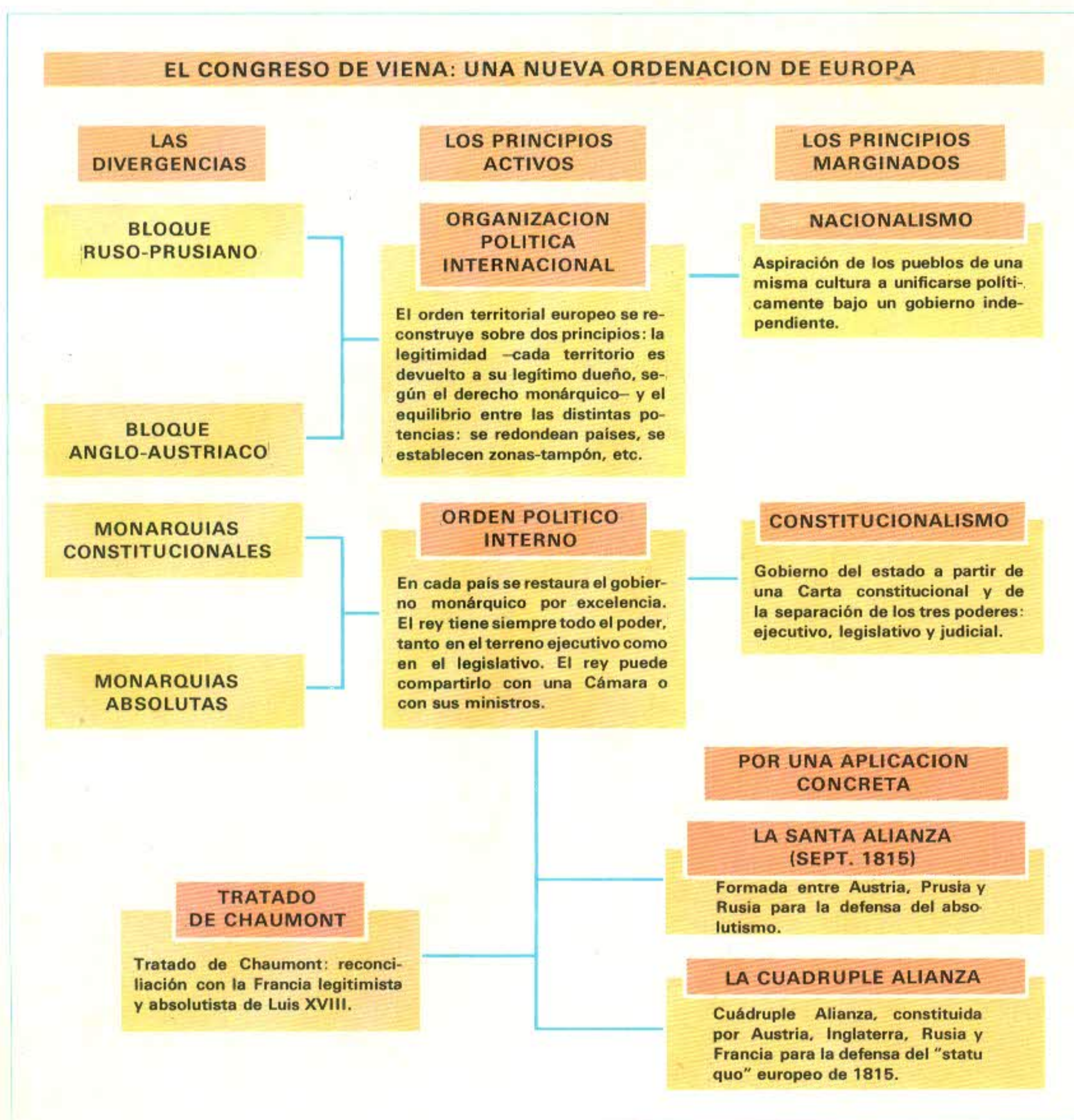
Talleyrand insistía en Viena –fíjese el lector: en la Viena de Metternich– en que "la primera necesidad era convencer a las gentes de que no se podía sujetar a un pueblo por el solo derecho de conquista". Según él, "un soberano que hubiera perdido sus estados por derecho de conquista, no por esto dejaba de ser soberano, a menos que hubiera renunciado a sus derechos". El resultado de estos principios fue agrupar alrededor de Talleyrand a todos los desposeídos y, según hemos dicho, nada menos

que cincuenta y tres de ellos estaban en Viena personalmente o representados por sus plenipotenciarios. Talleyrand consiguió hacer jugar, como piezas de ajedrez, a todos aquellos que, sin haber sido desposeídos todavía, sentían peligrar sus tronos o sus fronteras por haber sido aliados de Napoleón. Entre éstos estaban los reyes de Baviera y Sajonia, y Murat, rey de Nápoles. Pero Talleyrand no era un Wilson, y cuando fue necesario sacrificó alguna de sus piezas para lo único que en el fondo le interesaba: mejorar la posición de Francia.

Para dar al lector idea cabal de la socarronería diplomática de Talleyrand, copiaremos una conversación que tuvo con el impetuoso zar, tal como él mismo la transcribió en sus Memorias. Una noche Alejandro I le llamó para tener con él una entrevista a solas, en su residencia de Viena. Zar: "Vamos al bulto, hay que acabar". Talleyrand: "Todo depende de que Vuestra Majestad

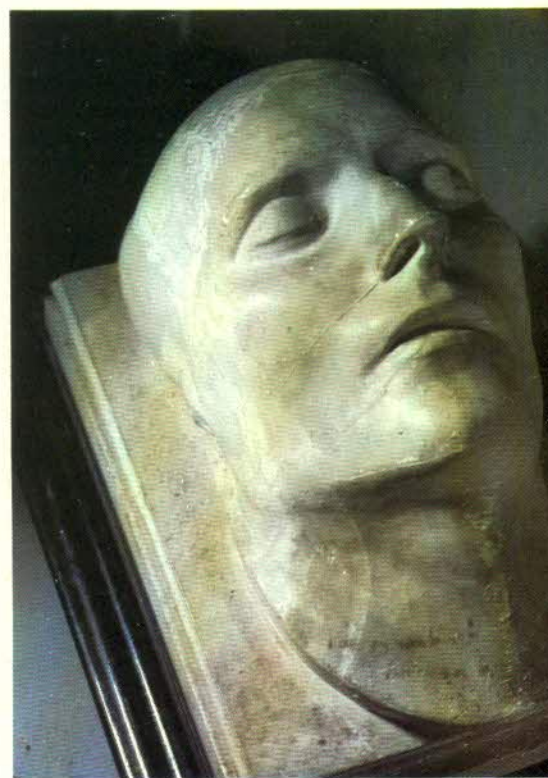


Vista de la isla de Santa Elena, según un oficial que acompañó a Napoleón en el destierro (grabado de la Biblioteca Nacional, París). Al fondo, la capital, Jamestown, ubicada en un estrecho valle entre montañas rocosas.



Muerte de Napoleón el 5 de mayo de 1821 (grabado del Museo de la Francia de Ultramar, París). Había pasado cinco años y medio en su aislado destierro y, desde diciembre de 1815, vivía en Longwood, pequeña localidad en el centro de la isla.

lleve en estos asuntos la misma grandeza de miras que lleva Francia". Zar: "Pero es necesario que cada uno encuentre conveniente la solución". Talleyrand: "Y cada uno respete los derechos". Zar: "Pero yo conservaré todo lo que ocupo". Talleyrand: "Vuestra Majestad no debería conservar más que lo que sea legítimo". Zar: "Pero las grandes potencias estamos de acuerdo". Talleyrand: "Yo no sé todavía si Vuestra Majestad incluye a Francia entre las grandes potencias". Zar: "Ciertamente, pero si no queréis que cada uno encuentre en la solución lo que le conviene, ¿qué es lo que os proponéis?". Talleyrand: "Yo pongo el derecho por encima de las conveniencias". Zar: "Las conveniencias de Europa son el derecho...". Aquí Talleyrand ya no pudo contestar. Cuenta que se llevó las manos a la cabeza y, aparentando sollozar, exclamó: "¡Europa, des-



Máscara mortuoria de Napoleón (colección del barón de Beance, París).

graciada Europa!". El zar, sin inmutarse, añadió: "Antes la guerra otra vez que renunciar a lo que ocupo... Pero, ya es hora de ir al teatro...".

A pesar de estos "contratiempos", Talleyrand tenía una ventaja que hacía siempre valer en sus escarceos con los aliados. Repetía que Francia no quería aumento de territorio. Hasta renunciaba a la "utopía" revolucionaria de las fronteras naturales. Tanta generosidad francesa era forzada; Talleyrand sabía muy bien que Francia era la vencida, y que de la epopeya napoleónica le tocaba los platos rotos. Sin embargo, maniobrando hábilmente e intercalando sus malsonantes "derechos imprescindibles", "restauración de gobiernos legítimos", "conservación del derecho público", "independencia de pueblos", Talleyrand ganó la partida. Ya hemos dicho que las ideas políticas que predominaron en Europa después del Congreso fueron las de Metternich, pero las fronteras que se aceptaron en Viena, sobre todo en el Oeste –esto es, con excepción de las de Polonia–, fueron las de Talleyrand.

La victoria –si así puede llamarse al resultado de las transacciones de Talleyrand– era tanto más difícil por cuanto en el tratado de paz con Francia los aliados decían que "la disposición de los territorios a que renuncia Su Majestad Cristianísima (el rey de Francia) y las relaciones que deben existir para procurar un equilibrio real y duradero en Europa serán reguladas por un Congreso (en Viena) *sobre bases convenidas de antemano por las potencias aliadas*".

Las bases convenidas de antemano eran la suerte que tocaba a alguna de las víctimas de la Revolución y del Imperio. Austria se anexaba el Véneto y la Lombardía; el rey de Cerdeña recibía Génova y se pretendía que renunciara a Saboya, aunque al final pudo conservarla; Bélgica, reunida con Holanda, quedaría libre de las apetencias de Francia e Inglaterra. Los territorios de la orilla izquierda del Rin (conquistas de la Revolución) se devolvían a Alemania, parte a Prusia, parte a Baviera. Con estas bases preestablecidas, Talleyrand sólo podía jugar con los territorios cuya suerte no estaba fijada por el tratado, esto es: Polonia, Italia (menos Véneto y Lombardía) y las fronteras interiores de los estados alemanes. Había posibilidad de satisfacer con estos jirones de Europa a muchos ambiciosos. Por lo pronto fue sacrificado Murat, que en los Cien Días se había puesto del lado de Napoleón. Su reino de Nápoles fue reintegrado a los Borbones para satisfacer al agente de Fernando VII, rey de España, Gómez Labrador, que en otras cosas había secundado a Talleyrand, el cual ni intentó defender a Murat. "No conocemos a *aquel hombre*", dijo en el Congreso, siendo Murat todavía el rey de Nápoles. ¡Qué sarcasmo! Lo conocía desde mucho antes de ser rey.

El momento crítico del Congreso fue cuando el zar y el rey de Prusia llegaron a un acuerdo respecto a los territorios que se asignaban mutuamente en Polonia y en Sajonia. Para compensar a Prusia de que el zar recibiera Varsovia, Alejandro permitió que Prusia se engrandeciera a expensas de Sajonia. El rey de Sajonia había sido fiel a Napoleón hasta el último momento; había que castigarle por lo menos con una disminución de sus estados. Cuando Talleyrand se enteró de este "arreglo", convenido a espaldas del Congreso, intrigó de tal manera que hasta llegó a combinar una alianza de Francia, Inglaterra y Austria para impedir el reparto. Talleyrand escribía a su amo, Luis XVIII, dándole cuenta de esta nueva alianza, diciendo: "¡Se acabó la Coalición; ya no está sola Francia contra toda Europa!". Pero el zar dio orden a sus tropas de retirarse de Sajonia, lo que equivalía a entregarla



El 2 de abril de 1861 los restos del emperador recibieron definitiva sepultura bajo la cúpula de los Inválidos, París.

a Prusia, dando a comprender así que contrariarlo significaba la guerra. ¡Y quién podía atreverse a desencadenar otra guerra en Europa después de Napoleón!

Inglaterra asistía a estos regateos procurando sólo que pasasen olvidadas sus conquistas, que estaba decidida a conservar. Estas eran: Malta, Heligoland, Ceilán, Colonia del Cabo y Trinidad. Por haber sido traidor a Napoleón, que lo había colocado en el trono de Suecia, Bernadotte recibió además en premio a Noruega.

El acta definitiva del Congreso (8 de junio de 1815) va acompañada de una especie de codicilo que garantiza la neutralidad de Suiza y la libre navegación de los ríos de Europa. Los aliados, por lo visto, satisfechos de su tarea "geográfica y política", se comprometieron a "reunirse de nuevo periódicamente para decidir las medidas necesarias al mantenimiento de la paz europea y para concertar la represión, caso de que las corrientes revolucionarias volvieran a alterar a Francia y, como consecuencia, a amenazar la paz de los demás Estados".

Pero el epílogo del Congreso de Viena fue la Santa e Indisoluble Alianza con que se pensó iniciar un nuevo régimen de paz y

ALEJANDRO I PAULOVICH, EMPERADOR DE RUSIA

Entre el grupo de fuertes personalidades que, tras la caída de Napoleón, acudieron a Viena con la intención de reorganizar Europa de acuerdo con su propio criterio y según las conveniencias de sus respectivos países, destaca el zar de Rusia Alejandro I, quizá quien, juntamente con Metternich, supo sacar mejor partido del congreso de paz.

Alejandro I había nacido en San Petersburgo en 1777. Era hijo de Pablo I y nieto de la gran zarina Catalina II. Su educación estuvo en manos de preceptores occidentales, especialmente de La Harpe, un coronel suizo que le puso en contacto con el pensamiento de la Ilustración y con los ideales nacionalistas en boga en la Europa del siglo XVIII.

El temperamento autoritario y la formación intelectual acorde con los principios del "siglo de las luces" hicieron de Alejandro un perfecto arquetipo del déspota ilustrado, en el que se combinaban el absolutismo monárquico y la ideología progresista.

Alejandro subió al trono en 1801, tras la muerte de su padre, asesinado después de la conspiración de Pahlen. No están muy claras las relaciones que existían entre Alejandro y los regicidas, aunque parece cierto que, si bien al principio participó en el complot, éste escapó pronto de su control y el príncipe no tuvo intervención en el asesinato de su padre.

Desde los primeros años de su reinado, Alejandro puso en marcha una serie de reformas encaminadas a lograr la liberalización de las estructuras políticas de Rusia. De acuerdo con un equipo de consejeros que se inspiraban en las instituciones inglesas, abolió la censura, la policía secreta y la tortura como método judicial; aumentó las funciones de la Cámara Alta y colocó bajo su competencia el control de la justicia y de la administración.

En 1803, un ucase del zar autorizaba a los señores territoriales a que pudieran liberar a sus siervos agrícolas, a los que debía entregárseles un lote de tierras a cambio del pago de una cuota. Todas estas medidas –así como una reforma de la enseñanza en 1804– debían desembocar en un proyecto de reorganización de las instituciones políticas presentado por Sperenski y apoyado por el monarca, en el año 1809. En el proyecto de Sperenski aparecían como órganos de gobierno cámaras representativas a nivel local o nacional, cuyos miembros deberían haberse elegido según un sistema censatario.

La puesta en práctica de estas medidas se vio dificultada por la oposición de la nobleza y por las repercusiones que los acontecimientos de Europa tenían en la política interior rusa.

Alejandro I no siguió una línea política fija en sus relaciones con las potencias europeas. Las alianzas de Rusia con Napoleón o con los enemigos del emperador francés se sucedieron a una velocidad vertiginosa desde 1801. En julio de ese año, el zar había firmado un tratado de paz con Inglaterra. En octubre firmó con Bonaparte un acuerdo secreto que selló la alianza ruso-gala hasta 1805, año en el que Rusia participó en la coalición antifrancesa, junto con Inglaterra, Austria, Prusia y Suecia. Tras las victorias de Napoleón en Austerlitz, Eylau y Friedland, Alejandro firmó el tratado de Tilsit (1807), por el que aceptaba el nuevo orden europeo y se adhería al bloqueo continental contra Inglaterra.

La alianza con Francia proporcionó a Alejandro I ciertas ventajas territoriales, a costa de los países enemigos de Napoleón, como Suecia y Austria, pero significó el renacimiento de Polonia –apoyada por Napoleón– e importantes pérdidas comerciales, debido a que Inglaterra era el principal cliente de los productos agrícolas rusos. El "matrimonio austríaco" de Napoleón señaló un nuevo cambio en las relaciones ruso-francesas, caracterizadas desde este momento por una hostilidad creciente que desembocó en la guerra abierta de 1812. Desde este año Alejandro I se convirtió en el principal enemigo de Napoleón y dirigió la coalición europea contra Bonaparte. En 1814, de acuerdo con Talleyrand, apoyó la restauración de los Borbones en el trono francés y firmó con Luis XVIII un tratado en el que se reconocían a Francia las fronteras de 1789. Después de los Cien Días se opuso al reparto de Francia entre las potencias vencedoras y, para garantizar el orden tradicional en Europa, fue el promotor de la Santa Alianza.

Durante este período estaba bajo la influencia de la viuda Krüdener y, de acuerdo con sus teorías, la Santa Alianza "pretendía mantener en el interior de los estados el orden tradicional y modelar sus relaciones exteriores de acuerdo con los principios de paz y concordia inspirados por el cristianismo".

Después de su victoria sobre Napoleón, Alejandro I orientó su política de acuerdo con los principios religiosos de la viuda Krüdener. Prestó su apoyo a las Sociedades Bíblicas, que preconizaban la unidad de todos los cristianos, y reanudó la política liberal que había caracterizado los primeros años de su gobierno, en pro de la liberación de los siervos y de la organización de un gobierno constitucional. Pero hacia 1820, reaccionando frente a los movimientos revolucionarios que agrupaban a las clases más progresivas –sobre todo a grupos de oficiales jóvenes en contacto con el liberalismo europeo–, el zar cambió su política y tomó una serie de medidas autoritarias: restableció la censura, prohibió las asociaciones políticas; apoyó a la Iglesia ortodoxa, el mejor sostén religioso de la monarquía absoluta, y favoreció el régimen señorial autorizando las deportaciones de siervos a Siberia sin previo juicio.

En 1825, mientras efectuaba un viaje por tierras de Crimea, Alejandro I murió de forma inesperada. Rumores diversos, difundidos poco después de su muerte, afirmaban que había sido envenenado. Otra leyenda pone en duda que la muerte del zar fuese auténtica y se afirmaba que vivía como ermitaño en algún lugar del Cáucaso. De esta manera, las contradicciones que habían caracterizado la actuación del zar Alejandro perduraban incluso después de su desaparición.

J. F.

gobierno cristiano en todo el haz de la tierra. Por entonces el zar estaba bajo la influencia de una dama mística protestante, la señora Krüdener. Leyendo en Isaías "que vendría un hombre del Norte para destruir el Anticristo" (XLI, 25), se había convencido de que el hombre del Norte era el zar, y el Anticristo, Napoleón. Confirmada la profecía, la viuda consiguió que el zar la escuchara horas y horas, hasta que éste, bajo aquellas conferencias proféticas, dijo que "había encontrado la paz interior". Inspirado por la Krüdener, redactó, firmó e hizo firmar a sus amigos, el rey de Prusia y el emperador de Austria, el extraordinario documento que, algo recortado, copiamos a continuación:

"En nombre de la muy santa e indivisible Trinidad. Habiéndose convencido los soberanos firmantes de que es necesario asentar sus resoluciones sobre las verdades sublimes que nos enseña la religión eterna de nuestro Dios y Salvador, declaran solemnemente que quieren manifestar al universo entero su determinación irrevocable de tomar por regla de conducta los preceptos de su santa religión, preceptos de paz y de justicia que, lejos de ser aplicados tan sólo en la vida privada, deben influir en las decisiones de los príncipes y guiarlos en todos sus actos.



Luis XVIII en su gabinete de trabajo, por F. Gérard (Museo de Versalles, París). Tras el paréntesis de los Cien Días, Luis XVIII volvió a París, bajo la protección de los ingleses, y se instaló en el palacio de las Tullerías.





Vista de Viena, la sede del famoso congreso de las naciones europeas, según un grabado del siglo XIX (Biblioteca Nacional, París). Como dijo el secretario del Congreso, Federico de Gentz, la reunión quedó reducida al "reparto entre los vencedores de los despojos del vencido".

METTERNICH

"Metternich se constituyó en el guardián de Europa, del *statu quo* y de la restauración del Antiguo Régimen contra todas las presiones liberales y nacionalistas. Durante más de treinta años, la política de Metternich consistirá en una resistencia patética contra la evolución de la historia, contra las jóvenes fuerzas desencadenadas en toda Europa por la Revolución francesa y por Napoleón."

Con estas palabras caracteriza Michel Mourre la actuación del canciller austríaco después de la caída de Napoleón. Si durante el Congreso de Viena el zar Alejandro pudo presentarse como el vencedor del emperador de los franceses, quien intentó por todos los medios explotar la victoria de los aliados fue Metternich, intentando borrar las modificaciones que durante el período napoleónico se habían producido en Europa y esterilizar las esperanzas liberales y nacionalistas que habían nacido al socaire de la expansión francesa o como reacción contra ella. El origen y la educación de Metternich influyeron decisivamente en la línea política adoptada por él durante toda su vida.

Klemens Wenzel Nepomuk Lothar, príncipe de Metternich, nació en Coblenza en 1773. Su familia, de origen rumano, poseía dominios patrimoniales en la orilla izquierda del Rin, que le fueron confiscados durante la Revolución francesa. Esta circunstancia contribuyó a enfrentarlo durante toda su vida con los enemigos del antiguo orden, no sólo en Francia o en Austria, sino en toda Europa. Sus estudios en Estrasburgo y Maguncia, bajo la dirección de Nicolás Vogt, le hicieron concebir un vasto plan para organizar a Europa como una sociedad de naciones, que él concebía dirigidas por los principios de la más estricta legalidad dinástica. A pesar de su condición de aristócrata y de la firmeza de sus convicciones políticas, supo adaptarse a las circunstancias y esperar una ocasión propicia para realizar sus planes.

Vinculado a la diplomacia austríaca desde 1794, desempeñó con habilidad diversas misiones en Rastadt, Dresde y Berlín, hasta que en 1806 fue nombrado embajador en París. Aunque personalmente se consideraba enemigo de Napoleón, al que veía como el sucesor de la Revolución francesa, supo anteponer los intereses de Austria a sus sentimientos personales y fue el artífice de la alianza franco-austríaca, sellada con el matrimonio de la archiduquesa María Luisa con el emperador Napoleón.

Convencido de que el equilibrio de poder entre Rusia y Francia era la situación que más convenía a su país, mantuvo una postura un tanto equívoca durante la campaña de Rusia, intentando que la guerra se resolviese sin que hubiese vencedores ni vencidos. En 1813 se unió a la coalición antinapoleónica, pero cuando se produjo el triunfo de ésta, se esforzó por mantener a Napoleón en el trono francés para contrapesar la potencia de Rusia. El tratado de París de 1814 le permitió restablecer la soberanía de Austria sobre los antiguos dominios en Alemania e Italia. En el Congreso de Viena se opuso a las ambiciones de Prusia y de Rusia y, apoyado por Castlereagh y Talleyrand, consiguió imponer sus principios para organizar a Europa como un mosaico de estados sometidos a la autoridad de los príncipes, "manteniendo la seguridad interior y exterior y la independencia e integridad de los estados particulares". En realidad, después del Congreso, Austria quedaba en una situación hegemónica con respecto a Alemania —dividida en una multitud de pequeños estados— e Italia —donde las guarniciones austríacas garantizaban la soberanía de los Habsburgos en la península—. Para garantizar la conservación de este *statu quo*, Metternich apoyó la creación de la Santa Alianza, de acuerdo con los proyectos de Alejandro I.

En los congresos de Aquisgrán, Karlsbad, Troppau, Laibach y Verona, Metternich pudo imponer su criterio y asegurar el absolutismo de diversas cortes europeas mediante la intervención de tropas de la Santa Alianza, que sofocaron los alzamientos liberales de Nápoles, del Piamonte y de España. El sistema parecía funcionar a la perfección hasta que en 1825 Inglaterra apoyó la independencia de los dominios españoles de América. Dos años después, Francia, Inglaterra y Rusia apoyaban la sublevación del pueblo griego en pro de su independencia.

Metternich veía cómo se desmoronaba el orden europeo que él había planeado, ya que las potencias occidentales y la misma Rusia apoyaban las revueltas nacionalistas contra los soberanos dinásticos. En los dominios austríacos también se producían fisuras. El nacionalismo alemán y el *risorgimento* italiano ponían en peligro la soberanía de los Habsburgos en estos territorios. El fracaso de la política inmovilista de Metternich era un hecho. En marzo de 1848, la revolución llegó a la misma Viena y el canciller tuvo que abandonar el poder e incluso el país para salvar la vida. Cuando volvió a Austria, en 1851, no intervino más en política hasta su muerte (1859).

A pesar de su fracaso final, Metternich consiguió ser el árbitro de Europa en diversas ocasiones y su actuación retrasó durante casi medio siglo el avance del nacionalismo y del liberalismo, que sin la existencia del canciller austríaco quizá se hubiera impuesto, en todos los países ocupados por los franceses, tras la caída de Napoleón.

J. F.

"Atendiendo, pues, a las palabras de las Sagradas Escrituras que ordenan que todos los hombres se amen como hermanos, los tres monarcas firmantes quedarán unidos por los lazos de una fraternidad vera e indisoluble y se prestarán en todas ocasiones ayuda y socorro; considerando a sus súbditos como hijos, los dirigirán hacia el mismo espíritu de fraternidad para proteger con ellos la religión, la paz y la justicia...

"Así que tanto ellos como sus súbditos tratarán de ayudarse recíprocamente como miembros de una sola nación cristiana, como si los pueblos fueran ramas de una misma familia... y como si todos no tuvieran más que un solo soberano, Dios, nuestro divino Salvador, el Verbo del Altísimo, la Palabra de Vida...".

Estos son los párrafos más importantes del documento engendrado en la relación mística del joven zar y la iluminada de Riga. Lo firmaban como autores el emperador de Austria, católico; el zar, ortodoxo de la Iglesia griega, y el rey de Prusia, protestante. El rey de Francia se adhirió por deferencia al zar; ¡cómo debía de sonreír Talleyrand al comunicárselo! Sabemos que Metternich dijo que la Santa Alianza era un *"rien sonore"* (un nada retumbante).

Y, sin embargo, las fuerzas espirituales, incluso desencaminadas por la intervención de gentes insensatas, producen efectos superiores a los del egoísmo frío y calculador de la política realista. La viuda Krüdener acabó su vida en una colonia de místicos del Cáucaso, pero el zar continuó adicto a su Santa Alianza, y por ella durante algún tiempo Rusia fue un factor importante en todas las cancillerías de Europa. Esto produjo cierto bien. Los reyes con la Santa Alianza se habían comprometido a ayudarse mutuamente para combatir el mal revolucionario, y esto producía un principio de solidaridad europea. Hasta el mismo Metternich decía: *"C'est depuis longtemps que l'Europe a pris pour moi la valeur d'une patrie"*. Al leer, en Santa Elena, el texto de la Santa Alianza, Napoleón dijo: *"C'est une idée qu'on m'a volée"*. Añadió que las guerras entre los pueblos de Europa siempre le habían parecido guerras civiles.

Pero la dificultad es que aquella primera Paneuropa se establecía sólo para atajar la revolución y, para mayor desgracia, los monarcas aliados no coincidían en definir lo que era revolucionario o lo que era legítimo y deseable. Para Metternich y su amo el emperador Francisco, Constitución y Revolución eran sinónimos. Para el zar, el tratamiento paternal que se comprometían a aplicar a los pueblos por el acta de la Santa Alianza era compatible con la Constitución. Entonces se vio al zar autocrático de todas las Rusias defender a liberales y constitucionales en Francia, en Alemania y en Italia. Hasta en España Fernando VII tenía muy en cuenta lo que proponía el embajador de Rusia, quien patrocinaba al ministro moderado Garay. En cambio, el zar era contrario a que los coloniales de América quisieran emanciparse del rey de España. Confiado en la ayuda de los rusos para reconquistar las colonias, Fernando VII mantenía a Garay. Pero cuando por fin llegó a Cádiz, en 1818, la armada rusa que tenía que ayudar a la reconquista de América, y se vio que los bu-



El príncipe de Metternich, primer ministro austríaco y presidente del Congreso de Viena, por John Neponiuk (Biblioteca Nacional, Berlín). Intencionadamente introdujo en la supuesta seriedad del Congreso algunas reuniones frívolas para conseguir así llevar los asuntos por los caminos que más favorecieran a su nación. El segundo tratado de París, en 1815, demuestra que logró su objetivo.

Sesión del Congreso de Viena, según dibujo de J. B. Isabey (Gabinete de dibujos del Museo del Louvre, París).



Carlos Mauricio de Talleyrand, antiguo obispo de Autun y presidente del consejo de ministros de Luis XVIII tras la caída de Napoleón, por P.P. Prud'hon (Museo Carnavalet, París). Representante de Francia en el Congreso de Viena, tuvo que poner en juego toda su diplomacia para salir airoso del trance.

ques no eran buenos para navegar, y que había que devolverlos con los tripulantes y hasta pagar los víveres para el viaje de regreso..., Fernando obligó a Garay a dimitir.

En otros países, la revolución tenía un carácter no sólo constitucional, sino antimonárquico y con aspiraciones de cambiar las fronteras, y esto ya no podía tolerarse. La Santa Alianza intervino para aplacar focos revolucionarios, que hasta el zar consideró peligrosos, en Nápoles y el Piamonte. Las expediciones de policía en Italia corrieron, naturalmente, a cargo de Austria. Se hubo también de intervenir en Alemania y Polonia. La revolución, apagada en la superficie, parecía comunicarse de un país a otro a través de canales subterráneos. La masonería, internacional por esencia, acabaría por transformar los diferentes grupos nacionales de conspiradores en una gran fraternidad, con algo de místico y religioso. Esto también espantó al zar: veía mártires

El zar Alejandro I, miniatura sobre marfil por Clerici (Museo de Viena). Después de la batalla de Waterloo se opuso al desmembramiento de Francia y firmó con Austria y Prusia el tratado de la Santa Alianza para mantener el poderío de los reyes absolutos y el predominio de la religión. Aparte de estos ideales antirrevolucionarios, actuó repetidas veces bajo una inspiración más liberal.



que se sacrificaban por una causa que no era la suya; los estudiantes disparaban contra sus agentes y embajadores; se conspiraba con entusiasmo hasta en Rusia.

Metternich supo aprovechar el pánico de Alejandro, y en 1820 el zar reconoció, por fin, no sólo que había que atajar a la revolución, sino que constitucionales y liberales eran revolucionarios. La primera y única ocasión de demostrar este cambio de ideas de Alejandro se la dio España. Durante la guerra de la Independencia, las Cortes de Cádiz habían redactado una Constitución de carácter acaso excesivamente liberal. Establecía que la soberanía reside esencialmente en la nación y, por consiguiente, que a ella corresponde el derecho de redactar sus leyes fundamentales. Según la Constitución de Cádiz, el poder ejecutivo lo ejerce el rey por sus ministros. Las Cortes están compuestas por una asamblea única, elegida por sufragio universal indirecto y con miembros no reelegibles. El rey tenía, constitucionalmente, derecho a sólo el "veto suspensivo".

A su regreso de Francia, en el año 1814, al entrar en España y al oír los gritos de "¡Viva el rey absoluto!", Fernando VII declaró que "su real voluntad" era no jurar la Constitución. Cualquiera que quisiera sostenerla cometía un acto contrario a las prerrogativas de la soberanía y al bien de la nación. Se declaraba culpable de lesa majestad y sería castigado con pena de muerte a quien defendiera la Constitución por escrito o de palabra. Las Cortes fueron disueltas y sus documentos sellados.

Más tarde, para contentar al zar y también para mantener tranquilos a los liberales más impacientes, Fernando VII consintió en transigir con ciertas fórmulas constitucionales. Pero en 1818 se declaró francamente absolutista. Bastó, sin embargo, el pronunciamiento de Riego en 1820, para que Fernando VII cambiara de opinión, a la fuerza.

EL FUNCIONAMIENTO "NORMAL" DE LOS MECANISMOS PREVISTOS EN EL CONGRESO DE VIENA EN LOS PRIMEROS AÑOS 1815-1821

CONGRESO DE AQUISGRAN

Las tropas de ocupación deben retirarse de Francia, a la que se considera pacificada y libre de veleidades revolucionarias. La restauración política parece definitivamente consolidada en Europa. Metternich logra comprometer a las cinco potencias europeas en un tratado en el que se acuerda celebrar reuniones periódicas y otorgar ayuda a las monarquías que lo soliciten.

— Francia se suma a la Cuádruple Alianza, que se convierte así en Quíntuple Alianza.

CONGRESO DE TROPAU, 1820

A petición del zar Alejandro I, y ante los acontecimientos revolucionarios que se suceden en Europa, los representantes diplomáticos de la Quíntuple Alianza se reúnen, sin llegar a un acuerdo. Austria, Rusia y Prusia publican una declaración en la que afirman el principio intervencionista, sin que a ellas se sumen Francia e Inglaterra.

— No se concretan acciones antirrevolucionarias.

CONGRESO DE LAIBACH

Ante el congreso se presenta el rey Fernando de Nápoles para pedir el auxilio de los países legitimistas contra sus súbditos sublevados. Se plantea el problema de Grecia, cuya solución posible opone los intereses rusos a los anglo-austríacos.

— Intervención en Nápoles del ejército austríaco.

CONGRESO DE VERONA

Francia plantea el caso de España. A una posible intervención se opone el nuevo premier inglés Canning, que aspira a variar radicalmente la política inglesa y derivarla hacia el neutralismo. Prosigue el enfrentamiento anglo-ruso sobre la cuestión griega.

— Intervención en España de los Cien Mil Hijos de San Luis.

Entonces declaró que "todo español que no jurase la Constitución, o que lo hiciera con protesta o reserva, era indigno de ser llamado español y perdía, a causa de ello, sus honores, títulos y empleos. Debía ser alejado de la monarquía...".

Los liberales, envalentonados por esta nueva declaración de su "real voluntad", se llevaron casi secuestrado al rey a Sevilla. En el Norte y en Cataluña las partidas de absolutistas y legitimistas consiguieron por lo menos producir un estado de anarquía. Era, con toda evidencia, un caso que hacía necesaria la intervención de la Santa Alianza.

El zar en aquel entonces había ya cambiado de política y estaba conforme en todo con Metternich. En el Congreso de Verona se decidió, pues, la intervención para restablecer el orden (entiéndase absolutismo) en España. Asistió el zar al Congreso, y como nación más apropiada para enviar un ejército se señaló a Francia. Naturalmente que Francia hizo lo posible por esquivar tan enojoso servicio. Pero el zar insistió en que a Francia le correspondía ir a España como agente de la Santa Alianza. Llegó a decir que si Francia se negaba a ir a hacer la guerra a los rebeldes españoles (entiéndase liberales), se la obligaría a ir a la fuerza, esto es, haciendo la guerra a Francia.

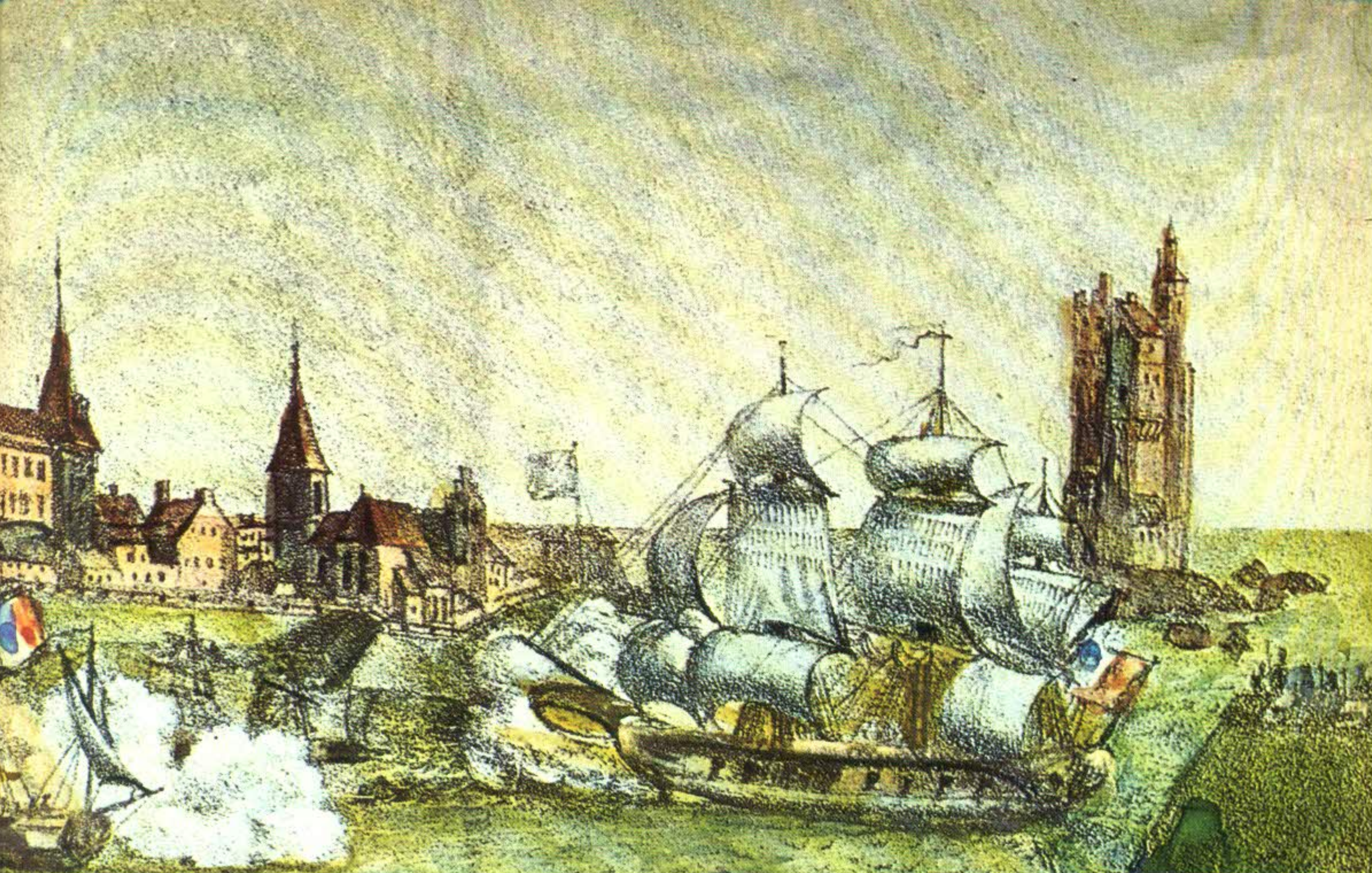
Francia tuvo, pues, que avenirse a malgastar el poco prestigio que le podía quedar en España con una intervención de policía, y el ejército de Luis XVIII, los Cien Mil Hijos de San Luis, llegó sin obstáculos a Cádiz, donde se hallaban refugiados los constitucionales. El sitio de Cádiz duró tres meses. Por fin, sentóse Fernando en el trono de sus mayores, sin la pesadilla de cortapisas constitucionales.

Las luchas entre absolutistas y liberales de principios del siglo en España acabaron con el experimento de restauración de la cultura española que se había iniciado en tiempos de Carlos III. En las Cortes de Cádiz todavía se manifiesta un espíritu renovador y diríamos "moderno". Algo de él sobrevive





Fernando VII, rey de España, por Goya (Museo Municipal, Santander). Durante su reinado, lleno de incoherencias, hubo luchas constantes entre moderados y absolutistas. Para poner fin a la revuelta de 1823 vino de Francia el ejército de los Cien Mil Hijos de San Luis, que afianzó la monarquía absoluta en la persona de Fernando VII.



Bombardeo del puerto de Cádiz por los franceses, que habían acudido en 1823 a liberar a Fernando VII, prisionero de las Cortes (detalle de un grabado de la Biblioteca Nacional, París).

al ciclón de la invasión napoleónica. Jovellanos y sus amigos eran hombres civiles que podían parangonarse con los mejores de su tiempo. Pero las luchas fratricidas obligaron a los liberales a tomar el camino de la emigración, y un último eco de aquel espíritu se percibe en los periódicos que publicaron los emigrados españoles en el destierro, sobre todo los editados en Londres.

Por fin el zar murió, o quizá desapareció, de manera misteriosa. Recordemos que era hijo de un loco; la enorme responsabilidad de los tiempos difíciles que tuvo que vivir como figura principal de Europa debió de influir en que muriera joven. Se ha forjado una leyenda según la cual el zar se retiró de la escena del mundo sin dejar rastro, y vivió en Siberia como un ermitaño llamado Fedor Kusmich, y que el cadáver desfigurado que se enterró como restos mortales del zar era, en cambio, el de un pobre campesino ruso. La historia oficial se oponía a esta versión y nunca se consiguió probar que el ermitaño Kusmich fuera el discípulo de la viuda Krüdener que, arrepentido de su vida pecadora, trataba de encontrar la paz en la soledad y la miseria. Pero hace unos años las autoridades soviéticas abrieron el ataúd que se suponía que contenía el cadáver de Alejandro I y se encontró vacío. Algo nos falta para explicar este detalle y otras singularidades de la autopsia y el entierro. Asusta considerar que los destinos de Europa pudieran depender tantos años de la decisión de un personaje como Alejandro I, de indudable grandeza, pero de carácter desigual y lleno de contradicciones, un día liberal, otro día reaccionario, sujeto a la influencia de una amante o una visionaria, de un Napoleón o un Metternich.

LAS CONDICIONES DE VIDA CAMPESINA EN FRANCIA, BELGICA Y RENANIA EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO XIX

Desde 1789 –reforma agraria–, las propiedades campesinas empiezan un proceso de subdivisiones, debido al aumento de la población, que conducirá a un minifundismo muy acentuado.

hasta 1817	desde 1817
Alza continua del precio de los granos: grandes beneficios, escasez de mano de obra: un campesino cultiva varias parcelas.	Baja del precio de los cereales. Gran afluencia de mano de obra: paro agrícola.
↓	↓
Nivel de vida rural aceptable.	Subsistencia difícil: emigración masiva.

BIBLIOGRAFIA

Bourquin, M.	*Histoire de la Sainte-Alliance,* París, 1954.
Ferrero, G.	*Reconstrucción,* Buenos Aires, 1943.
Fuye, M. de la, y Babeau, E. A.	*La Sainte-Alliance, 1815-1848,* París, 1948.
Missoffe, M.	*Metternich,* París, 1959.
Nicolson, H.	*Le Congrès de Vienne,* París, 1947.
Pirenne, J. H.	*La Sainte-Alliance et le traité de Vienne,* Neuchatel, 1950.
Savant, J.	*Talleyrand,* París, 1960.



Luis XVIII en el balcón de las Tullerías, por Luis Ducis (Museo de Versalles, París). La escena representa el recibimiento hecho por el rey al ejército francés de regreso de España el 2 de diciembre de 1823. El generalísimo del ejército, duque de Angulema, se inclina a besar la mano del rey.